

Lo cierto es que incluso en las horas bajas del prestigio de Garibay, se reconoció el valor excepcional del tercer volumen del *Compendio*, dedicado a la historia de Navarra, en el que se incluyen las luchas contra Francia en la frontera de Guipúzcoa a principios del siglo XVI. Garibay realizó ahí un verdadero trabajo crítico en cuanto a las fuentes de la historia antigua del viejo reino, trabajo que le supuso hacer dos viajes a Navarra, en 1565 y 1566, para investigar sobre el terreno<sup>8</sup>. Pero —y es lo que ahora más nos interesa—, sus investigaciones no se limitaron a la labor de archivo. Los últimos libros del volumen, dedicados al final de la dinastía de Labrit y los sucesos posteriores, muestran que Garibay recurrió a la «encuesta directa» entre supervivientes que habían sido testigos presenciales de varios de los hechos narrados. Estos libros (el XXIX y el XXX) transmiten una sensación de inmediatez que cualquier lector puede percibir. Incluso estilísticamente, la escritura de Garibay deja a veces de ser tan «lourde, longue et plate» como recordaba Cirot. Debe tenerse en cuenta, por otra parte, que Garibay había concluido la redacción de su obra ya en 1566 y que para él los sucesos del siglo XVI eran historia reciente.

De la utilización de testimonios orales y de exploraciones oculares en algunos escenarios hay abundantes muestras: «Yo he comunicado con hombres ancianos de Guipúzcoa, que idos a su corte [de Juan de Labrit] con negocios desta Provincia, le hallaron dançando con las donzellas en el Chapitel de Pamplona...» (Lib. XXIX, cap. 21).

Sobre la muerte de César Borgia en Viana, 1507: «En esta sazón, refiérese por tradición que...»; «Embiando la mesma noche tenebrosa alguna cavallería, que algunos dizen ser de sesenta de a cavallo...» (Lib. XXIX, cap. 21); Garibay aludirá incluso a testimonios divergentes: «Con ser estas cosas y muerte del Duque Valentín tan frescas que hay muchos hombres ancianos que de todo ello se acuerdan, se halla tanta variedad de diferentes relaciones que es de confusión grande; pero en lo pasado y en lo que resta voy notando lo que más cierto y auténtico me ha parecido, por lo cual cuando los lectores oyeren algunas cosas referir, por ventura algo diferentes, no se maravillen, que lo mesmo ha sucedido a mí».

Sobre la huida del rey, en 1512: «[Don Juan] se resolvió en la ida diziendo, según por tradición platican algunas gentes, que más quería vivir en montes y sierras que ser preso en sus tierras»; «He oído referir de personas antiguas que alcançando [la reina] al Rey, le dixo con angustioso corazón...» (Lib. XXIX, cap. 26).

Respecto a sucesos de 1516: «Dizen por tradición que el Cardenal [Cisneros] fue de parecer que no sólo se debían derribar y echar por el suelo las fortalezas y murallas, mas asolar a todo...»; «El rey don Juan [...] falleció en este presente año en diez y siete de Junio, día Martes, a hora de Vísperas en el castillo de Esgarrabaca y otros dizen en Muñén» (Lib. XXX, cap. 2).

Sobre la disputa surgida en torno a quién rindió al general Sparroso, en 1521, Garibay acude a la fuente más directa: «Fue herido con una maza en la frente por un hombre de armas de la compañía del Conde de Alba de Liste, y, corriéndole sangre, se rindió, unos dizen, al mesmo hombre de armas, y otros a don Francés de Beaumont. Con quien tratando yo en Pamplona esta dificultad, me certificó a ley de caballero habersele a él rendido» (Lib. XXX, cap. 6). Sobre la misma batalla de Noain: «De manera que por testimonio de muchos nobles caballeros y hijosdalgo, que en esta batalla se hallaron [...] consta haber hecho lo que debían...» [*Ibid.*].

*da tiene que ver con la interesada tendencia a criticar por razones personales, ni con el gusto hispánico, gerundiano, por el varapalo, dado por intereses de grupo, ni con ninguna de las pequeñas actividades hoy corrientes. Esto de que basta con estudiar manuales para opinar se puede creer en alguna tierra de garbanzos y en algunos medios: pero la creencia es producto de miseria mental. [...] Hay formas antiguas de engañar. También las hay modernas. Una de las más extendidas hoy en nuestro país es la de dar como resultado de una labor objetiva lo que ya estaba preconcebido en nuestra mente antes de llevarla a cabo. Para ello se usa del aparato crítico. Muchas veces éste tiene más de aparato que de otra cosa; y si se quiere, de aparato ortopédico», J. Caro Baroja, Los vascos y la historia..., 359-360.*

<sup>8</sup> Cf. los elogios tributados a Garibay por historiadores antiguos de primer orden como Argote de Molina y Ambrosio de Morales, mencionados por J. Caro Baroja, *ob. cit.*, pp. 197-198.

Ya en los preliminares de la pérdida de Fuenterrabía: «Oído he afirmar a un hidalgo anciano, persona de mucha autoridad, que a esta demanda respondieron los Virreyes...» (Lib. XXX, cap. 7); «Diego de Vera, viendo la extrema necesidad, y según algunas personas fidedignas, que dentro se hallaron me han certificado, respondiéndome que por salvar a ellos de muerte lo hacía» (*ibid.*); «Aunque visto he autores que en lugar de escribir siete banderas [...] escriben ser cinco mil alemanes, recibiendo engaño, porque andando en persona, informándome de estas cosas en las partes mismas donde sucedieron, he sido certificado de la realidad de la verdad» (Lib. XXX, cap. 9); «Había otro capitán, llamado Lope de Yrigoen, natural del mismo pueblo de Yrún, hombre muy valiente y determinado, a quien yo bien conocí» (*Ibid.*).

Las citas tal vez sean excesivas, pero me interesaba confirmar plenamente la autoridad del relato de Garibay sobre la muerte de Chanfarron, y no sólo en lo que respecta a su cronología, por lo que más adelante veremos. El historiador de Mondragón no destaca precisamente por sus dotes imaginativas, e incluso cuando acumula detalles nimios hemos de concederle que si los consigna es porque se ha «certificado de la realidad de la verdad» y, también, porque su calidad de hechos historiables no le ofrecía ninguna duda.

Muy distinto es el caso del bachiller Zaldibia. Su obra es un centón de curiosidades, sin ilación narrativa ni cronológica, y sin otro elemento unificador que la finalidad apologética y la exaltación de los guipuzcoanos y su tierra. Incluso al tratar de sucesos recientes, no siempre da su fecha, y tanto su forma de agrupar los hechos históricos como la separación de capítulos responden a una búsqueda de afinidades temáticas o de sentido en los hechos relatados, con independencia del momento en que se produjeran. Ningún valor, pues, tiene la fecha de 1544 que se atribuye en su obra a la muerte de Chanfarron. Más que en un error del cronista creo, incluso, que habría de pensarse en un simple fallo en la transmisión textual. De la *Suma* de Zaldibia no se ha conservado el original, y las copias de los siglos XVII y XVIII no parecen ofrecer gran fiabilidad. Añádase a ello que al tratar en un capítulo anterior de otros combates que tuvieron lugar en fecha inmediata y en el mismo lugar, la *Suma* de Zaldibia consiga correctamente la fecha de 1522<sup>9</sup>.

Más importante que el posible error cronológico es el falseamiento que en el texto de Zaldibia se hace de las circunstancias y, sobre todo, del significado de la muerte de Monsieur Chanfarron. Para Zaldibia se trata de presentar tres casos simétricos de desafíos, «persona por persona», en el que un guipuzcoano (Amezqueta / Pérez de Azcue / Pedro de Tolosa) se enfrenta en combate campal a un campeón francés (el señor de Urtubia / Mr. Chanfarron / un caballero de Juan de Labrit). Indefectiblemente, los tres desafíos acaban con la victoria del guipuzcoano, que acto seguido corta como trofeo la cabeza del vencido («le venció y mató y llevó su cabeza a la esposa en arras» / «le venció y cortó la cabeza, de donde quedó el cantar...» / «le

<sup>9</sup> J. Martínez de Zaldibia, *Suma de las cosas cantábricas...*, cap. XV, «De las batallas que los guipuzcoanos con alemanes y franceses en Irún Uranzu hubieron», ed. cit., p. 53.

venció y cortó la cabeza, de que pesó a los franceses»). Con ello, el bachiller deja en muy buen lugar el valor personal de sus paisanos, pero ha despojado de cualquier significación colectiva a la batalla de Azcue con Chanfarron, en la que no se trataba simplemente de «probar la valentía» individual de los contendientes. Es más, el deseo de presentar los tres episodios como reiteración de un mismo suceso arquetípico le hace a Zaldibia imaginar, en el que ocupa el lugar central del tríptico, una decapitación que no figura en absoluto en el «cantar vascongado» aducido como prueba, y que es desmentida por Garibay en su mucho más circunstanciado y fidedigno relato. Como leíamos antes, Pérez de Azcue tras perseguir a Chanfarron, le «dio con la espada tal herida en el hombro izquierdo que le abrió el cuerpo hasta la anca», pero el capitán francés no muere en ese momento, y todavía pudo ser llevado a Irún vivo y, claro está, con su cabeza sobre los hombros.

Gracias a Garibay queda claro, sobre todo, que no se produjo en modo alguno un combate individual en el que Azcue y Chanfarron lidiaran «persona a persona». La habilidad del capitán de los «naturales» consistió, precisamente, en dilatar el combate y dar tiempo a que llegasen los hombres de armas de Irún, Oyarzun y Rentería, mientras entretiene al francés con discusiones sobre los detalles «técnicos» del desafío. Una vez que llegan los refuerzos que Azcue esperaba, se produce la desbandada de los mil hombres de Chanfarron, y es en el contexto de esa fuga general, en el que el capitán guipuzcoano, que había «tenido ojo» al francés, le persigue y hiere mortalmente. Para Azcue no se trataba de dilucidar una mera cuestión de valentía personal, y así se trasluce meridianamente en lo que hace acto seguido, es decir, despreocuparse de Chanfarron («sin curar más de él»), a quien deja «en el lodo», y proseguir el alcance «en el seguimiento de la victoria». Como jefe militar, su objetivo es debilitar al enemigo genérico, impersonal, «haziendo mucha carnicería en los franceses», y no solventar una lid «de persona a persona», como se complacía en decirlo Zaldibia.

A mi juicio, el relato de Garibay permite restituir al breve fragmento cantado, que él no recogió, un significado mucho más complejo del que pudiera parecer a primera vista, a condición de integrarlo dentro de un contexto más amplio, en el que los versos son simplemente el último acto de una historia que contrapone modelos «ejemplares» opuestos.

El relato plantea un universo semántico excepcionalmente rico en isotopías que lo recorren desde el principio al desenlace y que podrían agruparse en distintas series de oposiciones. alguna de ellas ya ha quedado apuntada más arriba, pero creo posible intentar un análisis global que no incurra en excesivo formalismo y permita apreciar la sorprendentemente rigurosa articulación que ofrece el texto del historiador guipuzcoano. Al situarnos,

en última instancia, frente a unos distintos modelos de conducta humana, el texto toma partido por los que al autor le parecen más «correctos» y se hace una reflexión tanto sobre el «hacer» como sobre el «ser» de sus *dramatis personae*; la marca distintiva básica que define las conductas adecuadas o inadecuadas será, claro está, el éxito o el fracaso finales en los objetivos que cada uno de ellos se proponía.

## I. Hidalguía aparente y falsa vs. hidalguía «oculta» y real

El polo negativo de la dicotomía es, naturalmente, el representado por Chanfarron. Su entrada en escena es una mirada despectiva de arriba abajo (también 'topográficamente'), desde Fuenterrabía a Irún, sin que parezca dar crédito a que una «gente de capote de sayal» y que «casi traían hábito pastoril» pudiera oponerse a la fuerza de los franceses y hacerles «tantas molestias». Es inútil que el gobernador Monsieur de Luda le advierta que esas mismas gentes «hazían cosas muy señaladas»; Chanfarron anuncia su propósito de incendiar Irún al «día siguiente», y se compromete a ello con «juramento», es decir empuñando su palabra de gentilhomme francés; acto seguido vuelve a desoír el aviso de que «mirasse bien lo que emprendía, porque no conocía bien aquella gente».

Al ver a Pérez de Azcue y sus compañeros en la otra orilla del Amute, Chanfarron pregunta «si había entre ellos algun gentil hombre», que, según acota Garibay, «es lo mesmo que español hidalgo». La forma de la pregunta lleva implícita una presuposición negativa: para Chanfarron los enemigos, de capote de sayal, son plebeyos necesariamente y su interrogación «en alta voz» equivale, otra vez, a un desplante despectivo. Sólo cuando Azcue le informa de su grado militar de capitán, Chanfarron tomará en serio su respuesta de que «sí había», y se las veía con un hidalgo entre sus oponentes, y seguirá adelante con las formalidades del desafío.

Monsieur de Chanfarron parece rebosar hidalguía por todas partes: desprecia como por esencia inferiores a sus rústicos enemigos, hace mayestáticos juramentos, y adelanta desafíos, si por ventura existiera quien pueda medirse con él. Su calidad de gentilhomme está, sin embargo, desmentida reiteradamente por sus propias acciones. Garibay lo describe caminando con la pica al hombro, arma insólita para quien mandaba una fuerza de mil hombres, es decir lo equivalente a un tercio español, o regimiento. Cuando propone el desafío, pretende de antemano elegir él las armas, y decide que se ha de combatir a pica; tendrá que ser Azcue quien proponga armas más